



EL VERDUGADO ESPAÑOL



EN la época de Cervantes, el verdugado era la falda elegante por antonomasia. Inventado en España, se extendió posteriormente a toda Europa. El original español, de forma cónica, era el menos aparatoso. El francés llegó a asumir forma cilíndrica (tambor). Luego vino el guardainfante, anchísimo por los lados (lo luce la infanta Margarita en el famoso cuadro *Las Meninas*). Ya en el siglo XIX se impondrían el miriñaque, de forma semiesférica, y el polisón, que caía recto por delante y se realizaba por detrás con una estructura blanda tipo cojín. El verdugado se menciona tres veces en la Segunda Parte del Quijote, siempre en boca de Teresa Panza:

—Casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y de saya parda... a verdugado ..., y de una *Marica* y un *tú* a una *doña tal y señoría*, no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. (dQ2-5)

—Teresa me pusieron en el bautismo y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima que pese tanto que no le pueda llevar; y no quiero dar que decir a los que me vieren andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dirán: *¡Mirad que entonada va la pazpuerca! Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba a misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado... y con entono, como si no la conociésemos.* (dQ2-5)

Pero *la donna è mobile*, y la buena de Teresa cambiará de opinión tras recibir carta de su esposo informándola que:

Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso... Mujer de un gobernador eres, ¡mira si te roerá nadie los zancajos! ... De aquí a pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo: tomarele el pulso y avisarete si has de venir a estar conmigo o no. (*dQ2-36*)

—Señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya a Madrid, o a Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun que, si me enojo, me tengo de ir a esa Corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. (*dQ2-50*)

Se cree (*se non è vero, è ben trovato*) que la aparición del verdugado se debe a la reina Juana de Portugal, segunda esposa del rey Enrique IV de Castilla, apodado *el Impotente* (su anterior matrimonio con Blanca de Navarra fue anulado sin haber sido consumado en trece años de matrimonio). Así las cosas, Juana fue calificada de infiel cuando nació la primera hija; se rumoreó que en realidad era hija de Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque y uno de los favoritos del rey. Así que cuando quedó embarazada por segunda vez (abortó al sexto mes de gestación) habría intentado disimularlo con una falda que ocultara el nuevo embarazo.

Sea como fuere la invención del verdugado, su forma cónica enfatizaba la delgadez de la cintura, y pues la falda llegaba al suelo, ocultaba perfectamente los chapines (sobre-calzado con una gruesa plataforma de corcho que proporcionaba mayor altura). Con semejantes incentivos, las damas de la Corte de Castilla, embarazadas o no, se apresuraron a imitarla.

La falda se mantenía rígida gracias a unos aros de mimbre cosidos bajo la tela, o en la cara externa de las enaguas. También llegó a emplearse alambre. A esa estructura y a la pieza de vestuario se denominó *verdugado*. Es muy posible que el nombre proceda de las varas finas y flexibles con que el verdugo azotaba al delincuente sometido a vergüenza pública.

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan